

LA LIBERTAD DEL OTRO

IMAGINEMOS que los ateos organizan protestas por la proyección de películas de santos y milagros. Sería un escándalo. Se diría que no permiten la libertad de los creyentes, que ejercen una censura, que son intolerantes, intransigentes. Los ateos, sin embargo, explicarían sus razones: creen que los milagros no existen y que son inventos para embaucar al pueblo, que las leyendas de santos son instrumentos para ejercer el dominio por la vía de lo irracional. Creen que esas películas son dañinas para espíritus cándidos y poco preparados, sin formación suficiente. Un grupo de cien ateos se encerrarían en el reactor nuclear de la Moncloa —como ejemplo de templo racionalista— y decidirían no salir hasta que el Estado prohibiera las películas de santos. Serían expulsados por las fuerzas del orden, que practicarían algunas detenciones; y todo el mundo —usted y yo, también— les acusaríamos de desestabilizadores, de antidemócratas y de tratar de imponer sus opiniones a los otros.

Sin embargo, lo contrario parece natural. Vivimos una vieja inercia que parece favorecer ciertas actitudes mentales, dotarlas de "principios", de "fundamentos", de "moral". Ciertamente alguna película puede ofender a los creyentes: si no van a verla, no se ofenderán. Están creando el sofisma de que lo que ellos no toleran para sí mismos, no es tolerable para nadie. Los antidivorcistas no quieren el divorcio: que no se divorcien. Pero, ¿por qué han de impedir que se divorcien los que sí quieren? Imaginemos que los divorcistas salen a la calle pidiendo a gritos no una ley de divorcio para ellos, sino el divorcio obligatorio para todos. Que el Estado separe a la fuerza a todas las parejas, quieran o no, y que prohíba los matrimonios. ¿Por qué esto ha de ser un desmán y lo otro no?

Ocurre hasta con lo elemental. Se aceptan y se acatan los carteles prohibiendo fumar: se entiende que, quien los pone, tiene derecho a impedir que en su ámbito su visitante no fume. Por la misma razón, el fumador podría colocar en su despacho un letrero de "Obligatorio fumar". Pero las prohibiciones siempre van en un solo sentido.

Ahora, el Estado, como en los viejos tiempos, suspende una función teatral. Porque quizá ofenda a la moral y las buenas costumbres. Quizá: no ha habido ningún juicio que lo determine. No hay una definición de la moral y las buenas costumbres. Y, sobre todo, no se obligaba a entrar al local a nadie. Por el contrario, quien quisiera entrar, sabiendo a lo que se exponía, tenía que hacer un buen dispendio económico. El que no quería exponerse al mal gusto, o a lo soez —si es que lo había—, o al ataque a sus principios, no tenía por qué entrar. Yo, por ejemplo, no fui nunca a ver esa obra de teatro. No quise, no me interesaba, me molestaba. Pero sería capaz de ir a verla, dos o veinte veces, si mi horrible sacrificio sirviese para que pudieran verla aquellos a quienes complace ese género de espectáculos. Creo que lucharía porque nadie prohibiese la obra de Olano, que no es de mi línea. A condición de que los que van a ver esa obra no quisieran prohibir la que me gusta a mí. ■

POZUELO

CARLOS FERRER SALAT

El hombre clave

El resultado de todo esto es que, en último término, Carlos Ferrer es el hombre del futuro. De un futuro que es fácil adivinar muy ligado a la penetración del capital exterior, americano sobre todo, y apoyado en pactos y conversaciones. Para ello se necesita un hombre de buen talante negociador, con determinados conocimientos, desligado de los intereses del antiguo régimen y celoso vigilante de la ideología y los intereses de la derecha de nuevo cuño. Por eso, cuando se formó la gran patronal y se descubrió que los dirigentes, exceptuando, quizá, a Max Mazim, cojeaban del mismo pie franquista, se recurrió a los buenos oficios de ese muchacho de Catalunya que tenía tan brillante "curriculum vitae", incluidos sus tres días más rentables: los pasados en la cárcel Modelo.

Claro que no se contaba con que se iba demasiado de prisa para un país como España que, en materia económica, se encuentra en la prehistoria del capitalismo. Sin un período histórico suficientemente largo, de liberalismo político, las fuerzas económicas apenas han salido de la etapa preindustrial. Sin tradición de competitividad ni de libre mercado, los patronos se parecen más a caciques comarcales y a empresarios artesanales que a industriales neocapitalistas. Tan sólo un modesto 0,3 por 100 de las empresas se aproximan algo al modelo de gran industria de los países desarrollados.

Este evidente desajuste entre la mayoría de los empresarios y el hombre que los dirige ha tenido curiosas alternativas a lo largo de este primer año de la CEOE. En ocasiones, los empresarios han encontrado a su presidente demasiado tibio y le han exigido más firmeza en su lucha contra el Gobierno de rojos. En otras ha sido el propio Ferrer el que ha intentado ponerse a la "page" acentuando el desgarramiento populista. Pero, la verdad, al hacer balance de estas actuaciones no hay más remedio que reconocer que Ferrer ha hecho el papel regular tirando a mal. Y es que no hay cosa más penosa que cuando los señoritos se

ponen a intentar comprender e imitar al pueblo. Siempre se parecen a Amestoy hablando con los Botejara.

Nueva oportunidad

Fue esta incertidumbre en cómo había de comportarse y qué es lo que debía hacer y decir, lo que estuvo a punto de ser causa de la defenestración de Ferrer. Antes del verano, las fuerzas que lo habían aupado para que cumpliera su misión, estaban indignadas. Hubo un importante banquero, en muy buenas relaciones con el Gobierno Suárez, que pidió públicamente la cabeza de Ferrer.

Durante el mes de julio parece ser que el Gobierno acarició la posibilidad de introducir a un hombre de confianza al frente de la CEOE. Se habló de López de Letona y de Santiago Foncillas, ambos titulares de importantes cargos en empresas públicas, en fechas bastante recientes. Pero se encontraron con la decidida oposición del sector empresarial "ultra", que se oponía, en forma tajante, a que el Gobierno dominara de forma tan descarada la CEOE. Olarra dijo en varias ocasiones que se oponía con todas sus fuerzas a que la patronal fuera manipulada desde el poder. Se cernía el peligro de la escisión, tan temido por Suárez.

Y en esta tesitura volvió a surgir el ya casi olvidado Ferrer, que, tras un largo parlamento con Abril Martorell, hacia propósito de la enmienda y ganaba así una nueva oportunidad. En las conversaciones entre Ferrer y Segurado, publicadas por "Interviú", aquel último repite el proceso descrito, que es tácitamente admitido por Ferrer.

Claro que ahora las cosas no van a ser como antes. Los "halcones" han sido barridos de las vicepresidencias y del Comité Ejecutivo de la CEOE y, en cambio, Ferrer ha nombrado una auténtica guardia de corps que se encargará tanto de ayudarlo como de vigilarlo. Todo el mundo está de acuerdo en que Ferrer por sí mismo es propenso a graves tentaciones y decaimientos. Como en el tenis, hay que parar la partida y darle un descanso. Sólo así es capaz de ganar. ■ R. C.